

La pesadilla

Por ENRIQUE GUARNER

SE denominan pesadillas a los sueños intensos y angustiosos que ordinariamente son recordados al despertar. Debemos diferenciarlas del «pavor nocturno», en el cual un niño puede gritar y de inmediato volver a dormirse. El motivo que desarrolla la pesadilla es un terror irremediable, porque el soñante se encuentra en una situación amenazante de la que trata de huir, pero la escapatoria resulta en vano.

Ya en 1763, J. Bond describía los síntomas de la siguiente manera: «Generalmente las pesadillas se producen por sueños aterradoros, que provocan dificultades respiratorias, opresión en el pecho y la privación de la motilidad voluntaria. En esta agonía se busca ayuda externa para ampararnos de la angustia, languidez e inquietud que engendran nuestras palpitaciones. Los síntomas se abaten gradualmente al reflexionar que hemos escapado del peligro inminente». La idea de que la sexualidad formaba parte de las pesadillas fue percibida por el célebre médico Robert Burton quien en «Anatomy of Melancholy» publicada en 1621 recomendaba el matrimonio para desaparecer los sueños desagradables.

Podría afirmarse que la mayoría de las pesadillas se desarrollan a partir de residuos emocionales que no fueron elaborados durante el día y que por lo tanto quedaron reprimidos en el inconsciente. Estas experiencias bloqueadas generan un conglomerado de emociones que tienen que ser expresadas para extirparlas del yo. La teoría nos indica la presencia de un castigo derivado de la conciencia moral que nos impide el dormir tranquilos. Es por ello que se establece una lucha entre la vida y la muerte, las enfermedades, los accidentes, las derrotas y aquellas acciones injustas que hayamos cometido.

Sin embargo, es un hecho que la mayoría de las pesadillas suelen ser poco exitosas para extraer las angustias o tensiones que sufrimos. Es más, en lugar de aliviarlas provocan el pánico. La razón estriba en que al revivir una escena, no nos la explicamos ni tampoco aprendemos a dominarla. R. W. White en su libro sobre «The development of personality» de 1964 nos dice: «Al ocurrir durante el sueño profundo, cuando existen menos defensas, las pesadillas renuevan nuestras angustias y no nos liberan de nada, puesto que a través de ellas no adquirimos ningún aprendizaje».

Por supuesto que esta situación no sucede con las personas sometidas al psicoanálisis, donde se elabora el material que las había originado. En su «Interpretación de los sueños» de 1900, Sigmund Freud pensó que las pesadillas constituían paralizantes. Esto sucede en contraste con la inmensa mayoría de los procesos oníricos donde los eventos pierden fuerza al ser disfrazados. En una pesadilla falta la elaboración y somos bombardeados por imágenes agresivas o sexuales que nos aterrorizan. Según el psicoanálisis las figuras que se presentan son simbólicas y se convierten en monstruos o animales salvajes, aunque frecuentemente caemos en situaciones sin salida, debido a que quienes nos rodean resultan demasiado poderosos o porque quedamos paralizados frente a ellos.

En 1931, el analista inglés Ernest Jones publicó la clásica monografía que intituló «On the nightmare». En ella nos señala que algunas pesadillas pueden ser tan trascendentes que provocan una hemorragia cerebral. Ello sucede debido a que ocasionan un gran aumento en la presión arterial. Este autor tiene razón dado que mucha gente fallece durante el dormir más profundo.



Jones siguiendo las ideas ancestrales nos asegura que las pesadillas dan lugar a un gran número de monstruos que posteriormente aparecen en las fantasías de los escritores. Su idea es que las figuras humanas son reemplazadas por seres deformes o animales desagradables que tipifican la fuerza o la energía en un desplazamiento genital. Entre ellos se encuentra la presencia de los demonios, las brujas, los vampiros, los licántropos y los incubos.

Puede afirmarse que la imagen del diablo ha servido a través de los siglos como explicación a los contratiempos de la historia. El cristianismo proyectó en el demonio a los derivados de la maldad y sin embargo, no podemos dejar de consignar que los vocablos dios y diablo poseen la misma raíz. Es tal vez por ello que Pan, dios de los bosques, era siempre representado con cabeza, pecho y brazos de un hombre, mientras su vientre y piernas correspondían a un animal salvaje. La mutación se hacía completa al añadirse orejas y cuernos de cabra. Con tales atributos Pan asustaba a la población y de aquí se deriva la palabra «pánico».

La existencia del demonio tiene su fuente en el odio contra el padre derivado de la situación edípica. La victoria sobre él solamente puede conseguirse por medio de la bondad y la represión de los impulsos, enseñándole la cruz. Es por ello que las pesadillas en las que aparece el diablo dan lugar al terror de la castración.

En la misma forma que el demonio es masculino, la bruja constituye el componente femenino que personifica al miedo. Ella se representa en extremos, o sea, es muy fea o deslumbrantemente hermosa. Entre sus actividades principales están la herejía con su pacto con el diablo y el maleficio. Este último provoca la parálisis y la impotencia, la cual resulta significativa dado que existen madres que prohíben toda expresión sexual. Curiosamente las brujas cabalgan por el cielo montadas sobre escobas o ramas de árbol terminadas en un eje grueso. El símbolo fálico resultante es demasiado obvio.

El término vampiro se aplica al espíritu que ha sido transferido a una especie de murciélago que se nutre chupando la sangre de los seres vivos. Siempre habitan

dentro de sepulcros que al abrirse de noche nos presentan un ente fresco que al morder a sus víctimas adquiere el espíritu y cualidades que ellas posean. Para detener las fechorías de los vampiros el método que se utiliza es clavarles una estaca en el pecho. Psicoanalíticamente estos monstruos son criaturas orales que con sus denticelas adquieren virilidad y excitan sexualmente a sus mártires femeninas. También resulta obvia la necrofilia implícita al alojarse en sepulturas.

La superstición de la licantrópia se deriva de que determinadas personas cuando llega la noche se transforman en lobos. El hecho de que frecuentemente se trata de muertos una esta alteración al vampirismo, sólo que aquí prevalece el elemento sádico de destruir a sus víctimas.

Las pesadillas han creado la extraña figura de los incubos, o sea el espíritu del dominio que suplanta a un varón atractivo para poseer carnalmente a una mujer. El contenido de la superstición es un deseo genital incestuoso que por efecto de la represión toma diversas formas. La racionalización de la dama dormida consiste en rehuir la culpabilidad que sus deseos latentes le provocan. En la estupenda película «Rosemary's baby», Mia Farrow era impregnada por el diablo personificado en el actor John Cassavettes. Este drama gótico que dirigiera Roman Polanski trajo aparejado una gran tensión y recuerdo que muchas pacientes hablan sufrido la fantasía o soñaban situaciones parecidas.

Desde el punto de vista lingüístico tanto la palabra castellana pesadilla como la francesa «cauchemare» aluden a un peso sobre el cuerpo. En el idioma inglés el vocablo «nightmare» significa el «enemigo nocturno» pero también «mare» se refiere a la yegua de noche. Esto no es casual puesto que los equinos poseen dos aspectos llamativos: la velocidad de sus movimientos y su estampa resplandeciente. La idea sería que en la pesadilla la moción queda paralizada en alucinaciones resplandecientes.

En el fondo el dormir semeja nuestra propia muerte y la pérdida de los objetos que pueblan el mundo. Lo sueños restablecen el contacto con aquello que nos rodea. Las pesadillas representan la lucha contra lo inanimado porque la conciencia moral nos castiga.